

LOS ASES DEL TOREO

por UNO AL SESGO

**ROSARIO
OLMOS**



LIBRERÍA LUX
Aribau, 26 : Barcelona



30 cts.

ROSARIO OLMOS Y CABALLERO

A Eduardo Pagés, inteligentísimo aficionado y estimado amigo, muy afectuosamente.

UNO AL SESGO

El 16 de julio de 1922, hizo su reaparición en las Arenas de Barcelona el torero valenciano que, dos años antes, el 9 de mayo de 1920, había hecho su presentación en la Monumental. Como en esta corrida, a las primeras de cambio un toro de J. A. Martín, lo metió dentro, nada pudo descubrir que sirviera de orientación al aficionado y de la plaza salimos sin saber a qué atenernos respecto a sus condiciones toreras.

Por la mañana de ese día 16 de julio, Isidro Amorós, «Don Justo», el buen amigo y excelente aficionado que entonces lo apoderaba, venía con él a Barcelona, me aseguró que Rosario me había de gustar, y que en todo cas

LOS ASES DEL TOREO

después de la corrida quería conocer mi opinión.

No me la reservé ciertamente, después de haberle visto matar dos novillos de los hermanos Hidalgo, alternando con «Parejito» y Fuentes Bejarano.

—Esta tarde — le dije a mi amigo, — me ha parecido que Rosario Olmos sabe torear para él, que su preocupación es dominar al toro, y con ese fin la muleta en sus manos no es un trapo cualquiera; ahora lo que me falta ver es si torea también para el público, pues una y otra cosa son necesarias en la viña del Señor.

—Lo hace — me respondió «Don Justo», — y ya tendrá usted ocasión de apreciarlo. Lo ha hecho en Madrid, lo ha hecho en Bilbao, lo ha hecho en Valencia...

Yo lo había leído, y el testimonio de Amorós no me pareció recusable, pues en el terreno de la amistad, que ha sido siempre el nuestro, sabía yo perfectamente que me hablaba el aficionado y no el apoderado.

Como el muchacho me fué simpático y en él reconocí aptitudes sobresalientes a más de esa cualidad que, por desgracia, no abunda entre los profesionales del toreo, no obstante su capital importancia, a tener idea de lo que es la lidia, me refiero, le seguí con interés y fuí anotando en su Debe y Haber, el fruto de mis observaciones en las repetidas tardes en que se presentó en nuestras plazas.

Dos o tres o cuatro transcurrieron y en ellas me fuí afirmando, en primer lugar, en mi primera opinión: Rosario Olmos, con la muleta era un dominador, con perfecto conocimiento de todos los recursos que tiene el diestro para hacerse con el toro, si bien no siempre con la

valentía necesaria para que esos recursos sean del todo eficaces. Algo parecido le ocurre con el capote en la brega: es oportuno, sabe todo el valor de un capotazo en una situación determinada, pero por una cierta desconfianza, ese capotazo que podía ser definitivo, no surte el efecto que debía esperarse.

Como yo de la valentía tengo un concepto que no es el corriente, ¡¡ay!!... ¡y de otras cosas también!, iba acabando la temporada de 1922 y a punto de cerrar el balance de Rosario, me encontraba con que si por lo que toca a valor el torero valenciano no era ningún Cid en cambio había en él algo que suplía aquella deficiencia y por lo tanto podía aspirar a un punto prominente en la tauromaquia, si la afición, el deseo, las ganas de llegar, y la suerte no le faltaban.

El valor, la valentía, no son cosas absolutas; generalmete están condicionadas por diferentes causas, y se manifiestan por razones que nada tienen que ver en ocasiones con el ánimo esforzado que nos complacemos en conceder al hombre que realiza un acto que a nuestros ojos es valeroso o de intrepidez.

Por lo que el ejercicio del toreo se refiere, y para huir de generalidades que aquí estarían fuera de lugar, el hábito y la seguridad que dan los recursos, la práctica, la confianza en sus facultades y el estímulo que nace de la afición, conducen al torero a lo que tiene toda la apariencia de temeridades, y en realidad no son más que efectos de lo anteriormente mencionado.

Que el diestro se sienta seguro de su arte, con vigor y ligereza, que en circunstancias difíciles haya logrado salir airoso una y más ve-

LOS ASES DEL TOREO

ces, y aquel que empezó siendo un hombre pusilánime y medroso, irá cobrando confianza y acabará por ejecutar los más arriesgados lances... sin que la valentía entre para nada en ello.

Repase el lector aficionado en su memoria la lista de toreros que ha conocido, y creo que estará conforme conmigo en que para «arrimarse» no es preciso el valor, y el dominio lo suplente: «Guerrita» no fué valiente, no lo fué Joselito, no lo es Lalanda, para citar únicamente toreros cumbres. ¿Y alguien ha echado de menos la valentía en ellos? ¿Se ha arrimado alguien más que ellos?

Piense luego en el crecido número de toreros temerarios que empezaron asustando a las gentes, y acabaron huyendo más que «la jaca de la Algaba».

Pues bien, como yo considero a Rosario Olmos un torero que tiene idea de lo que es la lidia de reses bravas, eso que en el «argot» taurómalo llamamos «un torero enterado», que ha aprendido el difícil arte de dominar, la desconfianza que en ocasiones no le permite hacer todo lo que es capaz de hacer, acabará por desaparecer y entonces el porvenir será suyo...

Si de esto me cupiera alguna duda, habría quedado edsvanecida en la corrida del 22 de octubre de 1922, en que se celebró la «Novillada de los Ases», organizada por el semanario «La Corrida».

En esa tarde, Rosario Olmos, más puesto, más seguro de sí mismo, fué a más del torero que sabe torear para sí, el que sabe torear para el público, y con el capotillo además de mañana puso arte en los lances y eficacia y oportunidad bregando; y con la muleta: dominador

como siempre, agregó la vistosidad, la alegría, el adorno, realizando dos faenas buenas, bonísimas, especialmente la que llevó a cabo con el novillo que estoqueó en sustitución de Gallito de Zafra.

Mi amigo Amorós tenía razón: Rosario Olmos toreaba como hoy se exige que se torea cuando el momento llega.

Al matador lo seguí encontrando falto de decisión, cuando los toros no le ayudan.

La cosa no me produjo extrañeza: así ocurre con la mayoría. A aquí de nuevo me sale al paso mi teoría.

Para matar toros a volapié, a eso que hoy seguimos llamando «volapié», que es algo bastante superior al «volapié» que *Costillares* inventó, para eso sí que se necesita valor, o en defecto de éste una habilidad, lo que conocemos con el nombre de «tranquillo», que venga a suplir aquel, dando una seguridad que haga las veces de la valentía, porque en esa suerte, ni hay reglas de arte que den la inmunidad, ni facultades físicas que la procuren, por la sencilla razón de que el «volapié»; cuando no es la suerte de recurso que en un principio se creó, está en contra de todos los fundamentos de la tauromaquia, puesto que en ella se truecan los papeles, y es el hombre el que ataca y la fiera la que se defiende. Si se defiende mal y torpemente, lo que por fortuna ocurre el noventa por ciento de las veces, el hombre sale ileso y triunfante; si se defiende bien, la fiera es la que vence.

Como de esto tienen conciencia, aunque sea «inconscientemente», los toreros, cuando el valor no les comunica toda la decisión que el lance requiere para acometer, viene la duda como

LOS ASES DEL TOREO

es natural y aquel que no encuentra el «tranquillo» salvador, está perdido.

El «tranquillo», el «cojerle la muerte a los toros» que dicen los del oficio, es por lo tanto cosa tan esencial para el torero como fortuito su hallazgo, lo cual no obsta para que todos deban preocuparse en dar con él.

Claro que diestros tan inteligentes como Ricardo Torres, *Bombita*, se fué de los toros sin haberlo encontrado y que así son muchos los que existen o han existido; pero no debe esto desanimar a los noveles. Se impone un «tranquillo» y hay que buscarlo.

Las dificultades que existen para dar con él estriban en que no se adaptan los del uno para el otro, y por lo tanto no hay manera de imitarlos.

Tan instintivos son, que en la mayoría de los casos ni el propio matador se da cuenta del que le es peculiar, y él es el primer sorprendido cuando se le pone de manifiesto. Vicente Pastor, por ejemplo, ignoraba que daba un salto para pasar el pitón.

Y aun hay más, lo que es un «tranquillo» salvador para uno, sería para otro un lance apuradísimo.

¿Cómo se ha de buscar, pues, ese «tranquillo»? me preguntará Rosario.

Yo no veo otra manera que dejando al instinto la misión de descubrirlo y si no al instinto en absoluto a la intuición. Con mucha afición, con deseos de hallarlo, y dejándose guiar ciegamente por la voluntad de conseguirlo, creo que es la única manera de triunfar. Lo de la célebre medicina dé que habló *Lagartijo* para explicar su «paso atrás». La necesitaba y la descubrió.

Los que del toreo tienen el concepto que en otros tiempos era el general y siguen pensando que «la tauromaquia posee reglas para la perfecta ejecución de todos los lances», es posible que me vituperen y me tachen de aconsejar mal a los diestros contribuyendo a la falsificación del «arte»; me tiene sin cuidado. Más que tenerme sin cuidado, me río de esas reglas cuando de matar a «volapié» se trata. Ni hacer la cruz, ni bajar la muleta, ni perfilarse con éste o con el otro pitón, o entre los dos, ni arrancar más corto o más largo, ni más o menos rápidamente, sirve para nada, cuando el todo no quiere desempeñar el papel que el matador le ha repartido y no colabora a su gusto en la ejecución de la suerte; y como en ésta es el toro el que manda...

Decididamente, aquel que no vaya tras la reputación de gran estoqueador, no tiene más remedio que recurrir a un «tranquillo», y si lo encuentra y con él se deshace de su enemigo lo más rápida y decorosamente posible, su vida torera está asegurada; porque si no mata pronto, las mejores aptitudes como torero quedan empañadas y por grato que sea el sabor que una faena suya deje, si luego aburre al público pinchando, el mejor éxito se anula.

Rosario Olmos, no ha encontrado todavía el «tranquillo» y como a matar «clásicamente» (?) cuando los toros no hacen por él, cuando no le ayudan, no se decide siempre, ese es el punto vulnerable suyo y ese el que ha de poner más empeño en dominar si quiere subir hasta donde sus buenas condiciones le permiten.

Así, pues, el espada valenciano muy lucido, suelto y vistoso con el capote, excelente mu-

LOS ASES DEL TOREO

letero, de dominio y artístico, al llegar a la hora de matar, ejecuta bien el «volapié» si se decide, o busca el «alivio» en caso contrario; pero como este «alivio» no es el tan resobado «tranquillo», eso es lo que le falta para que luzcan sus grandes cualidades de artista todo lo que sería de desear, dada su afición, su arte y su saber.

¿Se entera el pollo?

Pues a buscar el «tranquillo» salvador; a matar pronto cuando no se pueda matar bien, que ese es el secreto del triunfo.

Insisto en esto, no porque yo considere al valenciano un pincha-ratas, pues ahí están sus grandes estocadas en esta última temporada y la ristra de orejas con que la ha acabado para demostrar el error en que me hallaría si tal pensase: no lo pienso, no hago más que apuntar, al hablar del artista con mi franqueza habitual, lo que yo conceptúo su flaco, con la sana intención de servirle la verdad y ponerle sobre aviso, que no es mi propósito ahora ni lo ha sido antes al escribir estos folletos, halagar vanidades ni hacer obra de reclamo para nadie, sino decir con toda lealtad lo que siento, aunque en mis juicios ande equivocado, pues bueno será confesar que no aspiro a la infabilidad, y con la sinceridad me conformo.

Lo que a la biografía propiamente dicha atañe va a resultar para mí trabajo de coser y cantar, o para mejor decir de cortar y pegar, pues habiéndome precedido en la labor el estimado amigo y cofrade Enrique Bohorques, y «La Corrida», de Barcelona, a ambos trabajos recurro, entremezclándolos, para realizar el mío, ya que yo con dificultad podría igualarlos.

Rosario Olmos y Caballero nació en Valencia, en la calle de San Vicente, el 3 de octubre de 1897, y como ese día se celebra la festividad de la Virgen del Rosario, a eso debió su nombre, que por ser poco habitual en nombres suena a femenino, y en realidad pertenece al género ambiguo, pues como Ventura, Trinidad, Monserrate, etc., indistintamente convienen a hembra y a varón.

Huérfano de padre a los pocos años, su madre marchó a Barcelona, y él quedó al cuidado de su ama de leche, que sentía por el chico un cariño extremado.

La señora María Corts, que así se llama la que fué su nodriza, y su esposo, el señor Vicente Más, cuidaron del muchacho, como si se tratara de un hijo y al ir creciendo éste lo ocuparon en una jabonería que poseía dicho matrimonio en la Torre, barriada de la ciudad del Turia, en la carretera de Madrid.

Allí se crió Rosario y de allí salió para ser torero, según le había vaticinado una gitana por los días en que él comenzaba a tomar parte en aquellos simulacros de corridas de toros con otros muchachos de su edad en la era próxima a la casa de sus padres adoptivos.

LOS ASES DEL TOREO

La predicción de la gitana, según Bohorques, fué así:

Una tarde al saltar al corral sorprendió Rosario a una gitana trashumante que maniobraba en el gallinero.

No se indignó el chico. Dándose cuenta del trance de la pobre mujer, le dijo:

—Salga como ha entrado; sin hacer ruido. Esto no lo han visto más que dos testigos que no dirán nada: el cielo y yo.

—Gracias, chavá; pero ten en cuenta que mis *chrurumbeles* están jasiendo equilibrios de debiliá que tienen.

—Puede usted llevarse los huevos, pero deje las gallinas.

—Chiquitiyo eres de cuerpo y grande de *garlochín*.

En este momento se presentó el ama de la casa.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Que me he emepñao yo en que un chaval que tiene enfermo esta mujer, se cure; y sin que usted se enterara...

—Es mu güeno su hijo, señora; no será ni guardia sivi, ni de la bofia, ni tampoco cobrado de contribuciones, que tiene sentimientos y hombría pa que de er hablen bien los papeles. Y seguro que hablarán, que veo yo en sus ojos argo que dise mucho.

—¿Pero qué ve usted? ¿Qué será mi hijo?

—Torero.

—¡Jesús!

—¡Madre! — gritó el chico, lleno de júbilo. — déle usted una gallina.

Hasta entonces había sentido la afición por instinto, por impulso o propensión maquinal.

Tal instigación, o sugestión, engendró en su

ánimo la voluntad firmísima de hacerse torero, de ser lidiador, de emular las hazañas de aquellos mozos de trajes rutilantes que él había visto retratados en los periódicos que leyera, y esta elección de su propio dictamen tomó cuerpo al presenciar por primera vez una novillada en la ciudad de las flores, en la que actuaron los diestros de la «tereta» Vaqueret y Pérez Ferrando.

Desde esa tarde quedó decidida su vocación.

Rosario quería ser torero y para serlo puso de su parte todos los medios que se hallaban a su alcance; y los medios que a su alcance tenía eran las capeas y a ellas concurrió.

Comenzó a hacer escapatorias a los pueblos de la región valenciana, con harto disgusto de sus protectores, y en sus correrías tuvo por compañero a un primo suyo, Francisco Olmos «Olmedito», quien sentía también una desmedida afición.

Un día volvió a casa en tan deplorable estado, que después de mil lágrimas y reconvenciones, tomó una determinación el señor Vicente, su padre adoptivo. Ya que las admoniciones no parecían hacer mella en el ánimo del futuro astro no habría más oposición por su parte, pero pondría los medios por procurarle aquellas facilidades que estuvieran a su alcance.

Facilitó, en efecto, la actuación del chico en una moruchada que se celebró en Chelva, pueblo de la provincia, donde por vez primera vistió el traje de luces y dió muerte con éxito al primer astado.

Luego fué espada en una cuadrilla juvenil valenciana formando pareja con un tal Paco Pequeño, y figurando en ella se presentó en Valencia.

LOS ASES DEL TOREO

Era una corrida barata, de las muchas que organiza aquella empresa para recreo de los aficionados al toreo bufo. Se lidiaban cuatro bichos. Dos para los toreros cómicos Panat y Oleá, y los restantes para Olmos y Paco Pequeño.

El público acudió al festival dispuesto a tomarlo todo a risa; pero cuando salió Rosario Olmos y dió el primer lance de capa, la sorpresa se pintó en el rostro de todos los aficionados. Con la muleta realizó una faena de lidiador enterado y consciente, llena de adornos, de salsa y de sabor toreros. ¿Pero quién era aquel chico? ¿De dónde venía?

Cada pase arrancaba un ¡ole!, mientras la música amenizaba el acto con un pasodoble castizo.

Cerró la faena con una gran estocada, y hubo oreja y ovación imponente.

Cuando llegó Olmos a su casa, dijo el señor Vicente a su mujer:

—Me parece que esto va de veras.

—¡Dios santo! Tenía razón la gitana.

Su etapa de novillero formal empezó en la nueva plaza de Valencia el día 21 de marzo de 1920, estoqueando ganado de Salas, en unión de «Vaqueret» y el mejicano Gallardo, y tal faena de muleta realizó con el sexto toro, que el entusiasmo de sus paisanos hizo explosión, pronosticándole todos un porvenir lisonjero.

Como las opiniones son encontradas en todo lo que apasiona, no faltó quien apuntó a Olmos el defecto de ser frío en la plaza. Efectivamente, parecía así, por la condición de su carácter, enemigo de meterse donde no le llaman y opuesto a esas teatralerías que son necesarias, a veces, para conquistar a las masas.

En la segunda novillada que toreó fué donde mejor pudieron apreciar los buenos aficionados valencianos que no era *jonjanero*, como otros diestros, al verse delante de un buey difícil, de esos que hay necesidad de torear a fuerza de conocimiento y valor.

Sin aparato, ni efectismos, toreó aquel bicho y lo despachó con decoro. Esto no llega al público, en general, si no se le sabe revestir con detalles, ademanes y gestos que no entran en el modo de ser de un hombre todo sencillez y ajeno, además, a esas raterías que se aprenden con la práctica de la profesión, pero los buenos aficionados que saben distinguir el oro de la oralina, vieron en aquella faena a un torero, y no a un comediante.

La tercera corrida que allí toreó fué la del escándalo, que esperaban sus muchos partidarios.

Salió un bravo toro de Villamarta, y el lidiador realizó con la muleta una de las faenas más grandes que se vieron en aquel ruedo. Quieto, erguido y sereno, toreó aquel bicho a ley. Le dió dos pases afarolados que recordaron las sublimes genialidades del «divino calvo». Luego corrió la mano en un natural, y al doblar el toro, empalmó este pase, dando uno de molinete con la izquierda; pero como el bicho era muy codicioso, de puro bravo, al rematar el molinete se arrancó fuerte, y vino entonces un majestuoso pase forzado de pecho.

Fueron tres pases en uno, dados en un terreno tan inexplicable y con tanta serenidad, que los espectadores todos se levantaron de sus asientos para aclamar locamente a aquel muchacho, que, entusiasmado con su trabajo, tal vez no se había dado cuenta de haber realiza-

LOS ASES DEL TOREO

do una de las cosas más grandes de la historia de la tauromaquia.

Siete corridas toreó aquel año en Valencia, su nombre sonó con insistencia fuera de la región levantina y el 9 de mayo de la misma temporada hizo su debut en Barcelona, en la plaza Monumental, alternando con «Carnicerito» y Emilio Méndez, corrida que citamos porque en ella fué donde nuestro biografiado recibió el bautismo de sangre. Había toreado admirablemente de capa a su primero, tercero de la tarde, de J. Anastasio Martín, y al comenzar a trastear al mismo, al dar un pase ayudado, fué cogido y sufrió en el escroto una herida de pronóstico reservado.

Toreó aquel año de 1920 veintitantas novilladas en las plazas de Valencia, Barcelona, Vitoria, Albacete, Játiva, Motilia del Palancar, Min-tanilla, Yecla y Algemés.

En 1921 toreó otras tantas en los circos de Valencia, Zaragoza, Castellón, Málaga, Albacete, Yecla, Játiva, Algemés y Utiel, pero sus éxitos no tenían la debida repercusión por no estar sancionados por el público de Madrid.

III

La temporada de 1922, fué la que definitivamente consagró al diestro valenciano.

El 26 de marzo le tocó en Valencia un toro excesivamente bravo de la ganadería de Concha y Sierra.

El público se entusiasmó tanto con aquel bicho que exigía a los lidiadores mucho más de lo que podían dar de sí. Parte del público no reconoce que los toros tan bravos son los más difíciles de torear, porque no dejan colocar al torero y hay que mandarlos muy bien con el engaño. Pero como Olmos es un gran muletero realizó con ese bicho una faena en la que hubo exceso de rabia, tal vez entusiasmado por la bravura del animal. En dos metros de terreno, dispuso a su antojo del bicho, ejecutando pases en los que no cabían más arte y guapeza. Al perfilarse, para herir, se arrancó el toro, y por no querer el torero pasar sin pinchar, no fué la estocada ni digna de la gran faena, ni del toro.

La suerte del muchacho se quebró en el momento que había de llegar el éxito rotundo, pues la gente que no quiso apreciar, en todo su valor, el trabajo muleteril, restó mérito a la faena y habló más del toro que del torero.

Esto lastimó un poco a Olmos que estaba convencido de la clase de labor realizada y esperó con ansia el cumplimiento de los compromisos que la empresa valenciana había adquirido con él para seguir dando a su público todo lo que pudiera.

Dícese que hubo ciertas informalidades por parte de la empresa y por este motivo Olmos se abstuvo de torear en aquella plaza.

En abril fué a Sevilla donde toreó dos novilladas, duras de verdad: una de Miura y otra de Santa Coloma, dando ésta última el peso de una corrida de toros de las grandes.

Poco entrenado por aquella fecha y con ganado muy difícil y de compromiso, resultó gallarda su actuación, pero no llegó a armar el escándalo por no haber elemento para ello.

LOS ASES DEL TOREO

Pero como ese escándalo del triunfo había de llegar, porque lo anunciaba el diestro con su valor sereno y su modo de torear cada vez más adecuado a las condiciones de los bichos, como seguía su camino, animado por la confianza en sí mismo.

Y el momento llegó. Fué en la plaza de Bilbao, donde el público tanto exige, y se entusiasma con los toreros que saben y cumplen.

Por eso querían allí tanto a Vicente Pastor, al gran Joselito y a Juan Belmonte.

De Bilbao tenía que ser el público que definiere concretamente a un torero sin pamplinas, sin flamenquismo y con el caudal suficiente de ciencia, valor y arte, para torear bien a las reses y tumbarlas con el acero en el hoyo de las agujas.

Tierra magnífica para Olmos la de don Diego López de Haro.

Allí tiene el sol más mérito que en otras porque se hace de rogar para romper las nubes.

Y aquel día salió sin reservas, orgulloso y potente para dar mayor brillantez a las faenas de Olmos y mandar toda su luz al cuadro vigoroso del torero que dominando gallardamente a la fiera, tenía al público de pie casi toda la tarde.

El éxito resonante obtenido en Bilbao la tarde del 15 de junio cundió rápidamente por toda la Península, y entonces fué cuando la empresa de Madrid se apresuró a señalar fecha para su debut.

Este se celebró el 29 del mismo mes; igual día que debutó el pobre Manolo Granero dos años antes y con toros de la misma vacada: de los herederos de don Esteban Hernández.

La presentación de Olmos en la plaza madrileña convenció a los aficionados. En el ganado no tuvo suerte. Le tocó el lote más difícil que puede corresponder a un torero. Broncos y nerviosos salieron sus dos toros, y no pudo hacer más que librarse de ellos a fuerza de torearlos bien de muleta y de entrarles a asegurar con la espada.

Fué un debut sin ruido, que dejó buena impresión en el ánimo de los espectadores.

Siguió valiente y artista por esas plazas, de donde venían noticias de éxitos. En Barcelona tenía también un cartelazo.

Y volvió a Madrid donde le esperaba el público y la crítica para juzgarle sobre seguro, después de una segunda actuación, que se verificó el día 27 de agosto.

La Prensa reconoció que era un torero cuajado, dominador siempre, valiente sin exageraciones y artista a su tiempo.

Un caso nuevo de esta época en que se quiere avanzar atropellando, y sin que haya entrado el toreo en la cabeza, que es donde debe estar, ya que los toros hieren con ella.

Por ciertas desavenencias con la empresa de Valencia llevaba algún tiempo sin torear en aquella plaza.

La reaparición de Olmos en su tierra, constituyó un acontecimiento. La empresa subió el precio de los billetes y a pesar de ello se agotaron éstos dos días antes de la corrida.

Fué el éxito de Olmos de los resonantes, saliendo el público convencido de que era un gran torero, digno de la alternativa ofrecida por la empresa citada y de torear en las famosas corridas de la feria de Valencia al lado de los matadores de más nombre, como lo hizo en la próxima temporada.

LOS ASES DEL TOREO

En 1923, hasta la fecha de la alternativa, su actuación como «as» de la novillería fué notable, consiguiendo con su labor en las diferentes plazas en que toreó los diversos públicos reconocieran en él al torero cuajado, con perfecta conciencia de lo que es la lidia y con arte y gracia suficiente para que a más de eficaz resultase su trabajo vistoso y bonito, porque su repertorio es variado y sabe sacar partido del toro que se presta a filigranas.

Con tan buenos auspicios llegó el día 11 de mayo de 1923, y en esa tarde, en la propia plaza de Valencia, Julián Sáiz, *Saleri*, le cedió la muerte del primer toro de la corrida, *Gitano* de nombre, número 56 y perteneciente a la vacada de doña Celsa Fontfrede, viuda de Concha y Sierra.

Como tercer matador figuraba Marcial Lalandá.

Su faena con este toro la describe así J. Orazal:

«Hubieron unos quites estupendos de Marcial y otros tan buenos de Olmos. Y llegó el momento de la emoción: *Saleri* cogió los avíos de matar, y luego de un breve discursillo, entrególos a Olmos, recomendándole prudencia. Se estrecharon efusivamente las manos; Olmos se fué al toro dispuesto a no tomar en cuenta el consejo de su padrino.

Retiró a la gente y con mucha decisión empezó su primera faena de matador de toros con varios pases ayudados por bajo, doblando muy bien y castigando de verdad, sufriendo un achuchón en el último de ellos. (Ovación).

Se quedó el toro que ya no pasaba, y Olmos suplió la falta de facultades del toro con valentía. Dió una serie de pases por la cara; pe-

ro tan metido en los pitones y con tanta valentía, que al retirarse por habérsele quedado la muleta en los pitones de su enemigo, estalló la ovación que merecían aquel rasgo de vergüenza torera y aquella faena rabiosa que hizo para apoderarse del toro.

Siguió toreando muy bien y mató de dos medias estocadas y un descabello. En el otro suyo, resentido dolorosamente de su herida en la pierna, salió del paso airosamente.

No lo esperaba yo tan bien. Mató pronto y se adornó con capote y muleta, cuanto el toro y sus condiciones permitieron. Se le aplaudió y dejó a la gente con ilusión de verle en la de mañana.

Volvió a torear en la misma plaza al siguiente día, ganado de Contreras, con Freg y Chicuelo, y obtuvo un triunfo tan clamoroso, sobre todo en el toro que cerró plaza, que sus paisanos le hicieron objeto de ovaciones delirantes».

«Don Tioy», habla así del triunfo de Olmos en esta tarde :

«Pero... (y este pero no es pero, es un peral) vino el sábado la corrida regia y salió el último toro... (En el tercero había estado bien Olmos, pero sin grandezas). Aquí vino lo que todos esperábamos de este torero todo voluntad y amor propio. Una faena grande, inmensa, una faenaza de esas que difícilmente olvidará la afición. Hubo en este momento de emoción intensa algo bello, algo sublime, de lo que voy a dar una ligera idea. Empezó por el ayudado por alto, quieta la planta y arrogante la figura. A él siguieron una serie de pases de pecho, naturales, de la firma, molinetes, afarolados... todos dados jugando con los buidos cuernos del Contreras, que pasaba rozando el traje del li-

LOS ASES DEL TOREO

diador valenciano. Sonó la música, mientras estallaba un estentóreo ¡olé! cada vez que Rosario, ante el toro, que le obedecía como dócil corderillo, pausada y rítmicamente, flameaba la muleta como enseña gloriosa del triunfo... Enronquecida la multitud de tanto vitorear y «jalar» al paisano, cuando éste, igualando en corto y entrando y saliendo limpiamente de la suerte, soltó una estocada frascuelina, de la que salió rodando el noble bruto... Millares de pañuelos pidieron para el gladiador las dos orejas del toro, que le fueron concedidas, mientras agotado, sin fuerzas ya para tenerse en pie, se llevaban al vencedor a la enfermería, resentido más que nunca de la herida, por el esfuerzo realizado...

¡Bella faena la de Rosario! ¡Soberbia estocada la de Olmos! Dichoso él que pudo cerrar con broches de oro y brillantes las corridas de Mayo».

Estas fueron las corridas de alternativa del valenciano.

Seguidamente en Avila, Palma de Mallorca, La Línea, Sanlúcar, Tarragona, Beziers, Gandía, dos corridas de feria en Valencia y otra en agosto, lo mismo que en otras plazas, Rosario dejó bien puesto el pabellón, confirmando su gran fama de muletero sobre todo, y viéndosele cada vez más decidido con el estoque, como lo prueban las orejas cortadas en el transcurso de esta temporada, que le ha dejado muy bien preparada a la afición para la próxima, en la que indudablemente alcanzará el puesto deseado y definitivo que le corresponde.

Terminó su actuación en un festival en Alicante, celebrado el 21 de octubre, en el que rayó a gran altura, y a poco embarcó para Lima.

(Perú), donde, cuando estas páginas se escriben, está llevando a cabo una campaña excelente, según comunica el cable.

IV

He dicho, tan sinceramente como suelo hacerlo, lo que a mí me parece Rosario Olmos y he añadido lo que me han contado y he leído.

¿Pronóstico?

Reservado.

En Rosario Olmos hay un torero bonísimo con defectos de esos que la afición y la voluntad de llegar borran, pues no adolece de ninguna de esas condiciones que incapacitan a muchos para destacarse en la profesión, y en cambio reúne otras que dan una gran parte del camino andado.

Figura, vigor físico, muy enterado, con idea clara de lo que es el toreo, con la serenidad suficiente para afrontar el peligro y burlarlo, si realmente tiene afición, pero afición de la verdadera, de la que sentía Joselito, eso le hará estudiar al toro, estudiarse a él y le estimulará a complacer a los públicos, que ya no se conforman con los buenos toreros, sino que además exigen que se toree a su gusto, para ellos, y se ponga en todo momento el mayor deseo en satisfacerles.

Pinchado Rosario por ese aguijón, entonces sí que me atrevo a asegurar que será figura, es decir que ocupará un puesto digno en la tauromaquia, ese puesto precisamente que le llevó sin duda a ser torero.

LOS AGES DEL TOREO

Decir otra cosa, sería mentir, sería engañarle, sería hacerle un flaco servicio.

En un par de docenas de corridas de toros en calidad de matador de alternativa, revelarse como una esperanza ya es bastante, y eso es lo que yo veo en el diestro valenciano, una esperanza muy fundada, y culpa suya será si nos defrauda, empezando por defraudarse a sí mismo.

Sin temor a que me llamen pesado yo le diré a Rosario Olmos y a todos los toreros que en su caso y circunstancias se hallen: *ACORDAOS DE VUESTRO PADRE Y SEÑOR JOSELITO*, sed como él pundonorosos, sed como él el maestro de vosotros mismos, vivid para vuestra profesión, aspirad siempre a más, sed siempre toreros en todas partes y en todo momento, mientras peinéis coleta, y todo lo bueno que como artistas haya en vosotros lograréis que se manifieste y se ponga en vigor, y sin ser nuevos *JOSELITOS*, seréis todo lo que podáis ser, que es la única obligación que tenéis, y mañana no se podrá decir de vosotros que habiendo podido alcanzar un puesto relevante os habéis quedado en la estacada.

Con la buena impresión que de Rosario tienen los aficionados, con el excelente cartel de que goza en Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Bilbao y las principales plazas; con las simpatías que su carácter bonachón y respetuoso le capta, y con sus dotes de torero largo, vistoso y enterado, en la temporada de 1924, debe imponerse; y si no lo hace, peor para él.

Lo repito, suya y de nadie más será la culpa.

Enero, 1924.

FIN

Los Ases del Toreo

Han tenido estos folletos crítico biográficos la suerte de una acogida tan benévola por parte del público y la Prensa, que ni su mismo autor se había atrevido a suponer.

Por lo que a la crítica periodística se refiere, permitásenos que aquí reproduzcamos algunas opiniones, empezando hoy por las muy valiosas de los prestigiosos revisteros taurómanos don Angel Caamaño, el *Barquero*, y don Ventura Bagües, *Don Ventura*, que han tenido la amabilidad de expresarse así:

Los folletos que bajo el título «Los ases del toreo» confecciona don Tomás Orts-Ramos («Uno al sesgo»), constituyen una obra muy interesante, digna de divulgación, para la que todos los elogios nos parecen pocos.

Podríamos salir del paso, al ocuparnos de tales folletos, diciendo que en ellos hace el autor un estudio crítico de los toreros más en boga, trazando de paso algunos apuntes biográficos de los mismos, y esto, que ya sería bastante decir —teniendo en cuenta las excepcionales dotes que caracterizan a tan notable escritor taurino—, no es, sin embargo, lo suficiente para conceder a dichos cuadernos todo el valor que tienen.

En ellos realiza «Uno al sesgo» una labor de apostolado, pues a tal equivale la misión que se impone de destruir errores y lugares comunes que han venido formando estado de opinión años y años y han hecho aceptar como verdades inconcusas extremos muy importantes de contextura verdaderamente sofisticada.

Tal ocurre, por ejemplo, con la estocada llamada «a volapié», sobre la que el mencionado escritor ha disertado con tan buen sentido y tal justeza de expresión, que ello por sí solo le acre-

diraría como crítico de altos vuelos si de largo tiempo no estuviera ya conceptuado así por los buenos aficionados.

Esta labor de apostolado le obliga, a veces, a repetir conceptos expresados en folletos anteriores, repetición que es a todas luces necesaria, porque sólo con la persistencia y el incansable machacar puede forjarse una transformación en el común sentir de las gentes cuando éstas se hallan imbuídas por creencias falsas de vieja rai-gambre.

No son, pues, estos folletos unos cuadernos deleznablez con algunos datos biográficos a vuelta de una cantidad de elogios vulgares y manidos insertados para rellenar. Hemos dicho que constituyen una obra interesante y lo repetimos, para agregar de paso que si la dignidad crítica es en ellos absoluta, la parte histórica está perfectamente cuidada.

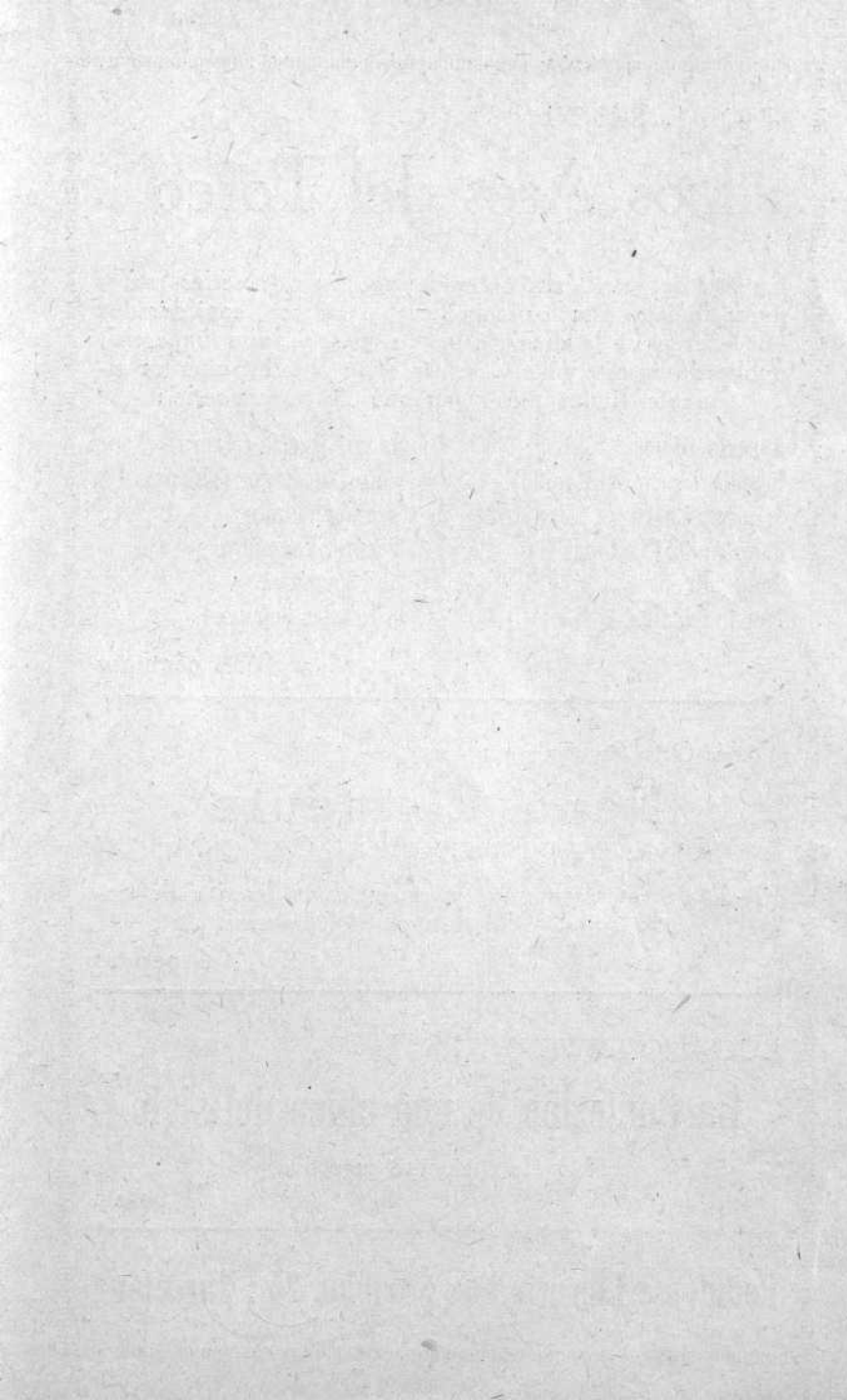
De esta labor de «Uno al sesgo» hasta puede decirse, como de algunos juguetes, que instruye al propio tiempo que distrae, porque ese «aire» atrayente que hay en el estilo de dicho escritor no desaparece ni aun cuando éste entra por la vereda doctrinal. Antes al contrario, precisamente al hablar de los viejos canonistas es cuando se muestra más fresco y lozano su ingenio.

Y no hemos de terminar estas breves notas trazadas bajo la impresión sugerida por los cuadernos que van publicados, sin hacer hincapié en una advertencia importante que el autor insertó en uno de los primeros folletos, cual es la de que aunque éstos llevan por título común LOS ASES DEL TOREO, no es que pretenda «Uno al sesgo» dar patente de tales «ases» a los diestros de quienes él se ocupa.

A este propósito, nos recordó oportunamente que el gran novelista Fernández y González tituló un trabajo de índole análoga «Las glorias del toreo» y que «Dulzuras» y «Recortes» publicaron en 1912 «Las estrellas del toreo», incluyendo en su obra a todos los matadores de alternativa que entonces se hallaban en ejercicio.

«Uno al sesgo» se viene ocupando de los toreros más en boga y deja al albedrío del lector la clasificación de los mismos.

DON VENTURA



UNO AL SESGO

Los Ases del Toreo

(3.^a SERIE)

En vista del gran éxito obtenido por las dos series anteriores de estos estudios biográficos y críticos, considerados por la Prensa y la afición como lo más serio e imparcial, publicado en este género, se han dado a la estampa los siguientes títulos que componen la tercera serie :

Rosario Olmos
Braulio Lausín (Gitanillo)
J. García Carranza (Algabeño)
Juan Anlló (Nacional II)
Juan Silveti
Fausto Barajas

Manuel García (Maera)
Victoriano Roger (Valencia II)
Nicanor Villalta
Eugenio Ventoldra
José Paradas
E. Fuentes Bejarano

0'30 céntimos

Tomás Orts Ramos

Nena Clemente

(LA NOVELA DE UN SENTIMENTAL EN CUBA)

Preciosa e interesante novela en que están descritas de modo sugestivo las costumbres habaneras.

4 pesetas

LUCIANO LEWEN

La Confesión de una chica del siglo

Novela altamente sugestiva

1 peseta

Pedidos a Librería Lux : Aribau, 26 : Barcelona